

EN EL TIBET GUANCHERO DE CARLOS SALVADOR Y BEATRIZ

LAS FLORES DEL RECUERDO

En este capítulo incluimos una gran cantidad de imágenes de flores. Son las flores nuestras. Nuestras flores. Las flores que cada sábado, desde aquellos días aciagos de junio de 2001, los familiares y algunos amigos de “los chicos”, nuestros hijos siempre, Carlos Salvador y Beatriz, tienen en sus tumbas del cementerio de su pueblo de La Guancha, en el Norte de Tenerife, en las Islas Canarias, en España...

Son flores, cultivadas con esmero, con pasión, con auténtica dedicación y que son ofrecidas de la misma manera. Son las flores del recuerdo. Flores reales, auténticas, de pequeños huertos, de tierra y agua, de trabajo y belleza... de amor profundo, de sentido poético, de pincelada eterna de cariño nunca olvidado, de memoria perenne... pues aunque las flores vienen y van, salen unas, nacen otras, como las olas del mar, permanecen para siempre en lo único que no se pierde : el recuerdo.

Flores de cuatro estaciones

Flores del recuerdo. En las cuatro estaciones, especialmente en primavera y verano pero tampoco fallan en otoño o invierno. Se han ido combinando de tal manera que siempre hay flores en cualquier día del año. ¡Son tantas y tan distintas! Son los rosales, dalias, crisantemos, anturios rojos, anturios blancos, orquídeas, gladiolos, alhelíes, pensamientos, hortensias o flores de mundo, siemprevivas, margaritas, calas (foniles o orejas de burro), magarzas, esterlicias, lágrimas de la virgen, ojitos del señor, espuela de caballero, conejitos reales, proteas, santas noches, azucenas, azucenones, lirios, liliium, sangre de cristo, agapantos azules, agapantos blancos, varas de San José, amariles, herberas, mostacilla, topetes, corazoncillos, geranios de varios colores, buganvillas de varios colores...

En las cuatro estaciones hay flores en Canarias. Recordamos la anécdota con el actor de teatro, cine y televisión, Pedro Osinaga, que junto con su esposa y Juan José Pérez Afonso “Cuco”, el gran director canario afincado en Madrid y primo de “los chicos”, nos visitaban. Salvador y Aurora están unidos con la familia Osinaga por los lazos de la confraternidad y de amor a los ausentes pues ellos también perdieron a un hijo en un accidente de moto. Pedro Osinaga al ver tantas flores que serían llevadas al cementerio explicaba que ellos sólo lo podían hacer en algunos meses del año pues la tumba de su hijo se encuentra en un pueblo de Segovia y el crudo invierno, con sus nieves, hace imposible las flores reales. Y de ahí la comparación con las flores de Canarias todo el año.

Carlos y Beatriz tenían afición a las flores. Una vecina de la casa de La Laguna, en la calle El Sorondongo, cerca del Museo de la Ciencia, recuerda a Carlos que con 8 años ya decía que en la entrada habría un cantero para rosales. La casa fue comprada el año 1982 y Beatriz fue rotunda cuando se pensó quitar el jardín para hacer un garaje: “Aquí no se quitan los rosales”

La casa de La Guancha es un ejemplo de ello: de las flores todo el año. Se encuentra situada en el pueblo donde nacieron Carlos Salvador (año 1973) y Beatriz (año 1976). Una casa hecha con los sacrificios de los cuatros y decidida de forma democrática. “Hay que apretarse el cinturón en todo...menos en necesidades para los estudios” decían la madre y el padre. Y ellos aceptaron...

Casa con huerta y jardines. Con el detalle importante de pensar en la naturaleza y la ecología: el ahorro de agua pues todo el espacio del jardín más importante se ha

convertido en su interior en un aljibe donde llega, limpia y clara, el agua de todos los otoños e inviernos desde unas azoteas que se han limpiado previamente.

Casa que ellos vivieron y gozaron. Casa en el mismo pueblo, zona de la ermita de El Calvario, a caballo entre las raíces familiares de los abuelos y bisabuelos: de la Guancha de Abajo a la zona de El Calvario, con abuela presente, tíos y primos. Un lugar desde se divisa el Teide, el Océano Atlántico en plenitud, la costa todavía ribeteada del verde de algunas plataneras y la isla de La Palma en tantos atardeceres luminosos. De postal a no olvidar. Silencio y quietud.

Casa con sus huertas donde tanto trabajó Carlos (Beatriz menos por sus años de estancia en Madrid y sus estudios). Carlos ayudaba en labores agrícolas de cavar, limpiar, regar, cargar cestas de piedras (para hacer el que llamamos “huerto de Pedro, el de Ávila), cargar tierra, hacer paredes los tres (Aurora como albañil y padre e hijo como peones trayendo piedras y cemento), cortar ramas, picar hierbas y aprovechar todo como estiércol... Hay un momento donde se celebra un rally y la gente invade la carretera y el paso fugaz de un coche a toda velocidad y Carlos mientras cortaba ramas con un machete debajo del pino centenario me dice : “Papá qué distintos somos... Ahí ves a la gente mirando los coches y nosotros aquí tranquilos hablando de literatura, cine, fútbol... mientras trabajamos y nos echamos una cerveza. ¡Qué distintos somos!”. Son la continua cantinela del recuerdo, la memoria presente...

La imagen presente de un Carlos Salvador regando con una mano y leyendo un libro en la otra. Y la llamada de un Carlos nervioso que nos decía: “Acabo de oír, por la radio, que la iglesia de Buenavista se está quemando...”. Si, era el 22 de junio de 1996 y él siempre bien informado lo manifestaba con el grito de la impotencia ante un patrimonio artístico a punto de desaparecer.

La casa idealizada de La Guancha

Era la casa idealizada de La Guancha y llevada a la literatura por Carlos Salvador. Lo recordó, con emoción y belleza, su amigo del alma, Carlos Robles, un 26 de noviembre de 2004, en la presentación de sus tres libros en el Casino de su pueblo de nacimiento.

Así decía: “Recuerdo el placer con que Carlos Salvador nos recibió a Carolina y a mí, la alegría de poder mostrarnos su-sitio-en-el-mundo, su refugio emocional, esa casa, esa huerta, ese pino...las calles vacías sorprendidas por la bruma intempestiva, la morada del alma de Carlos Salvador. Y recuerdo el regocijo que sentía al poder compartir ese espacio físico y emocional de su intimidad, porque, si de algo podemos estar seguros, es de que Carlos Salvador percibió a La Guancha y sus alrededores geográficos como ese lugar mítico, ese espacio de ficción, es decir, aquel donde se desarrollan las verdaderas posibilidades del ser, y lo tuvo desde una temprana edad, desde que tuvo conciencia de sí.

Y cuando le llegó el momento de su toma de conciencia creativa, no dudó en nombrar ese espacio que sirviera para establecer la base de sus digresiones. Viejo recurso de los grandes escritores y novelistas, la creación de la ciudad o lugar mítico, más o menos real, el condado de Yoknapatawpha de Faulkner, el Macondo de García Márquez, la Santa María de Onetti, la Vetusta de Clarín, han sido el espacio donde la palabra irresistible del genio creador ha encontrado la libertad definitiva a la vez que la delimitación geográfica y espiritual posible. En otras ocasiones, es la propia ciudad, región o país real, la que es nombrada y puesta en primer plano, dependiendo de la elección del escritor. Lo importante es saber que esa elección, la que determina el encuentro de la palabra con lo físico, es un paso clave, crucial en la conformación de

una poética, sin comparación con otra elección afín posible en la vida (el matrimonio, las amistades...) la elección de un escritor del espacio donde desarrollar su acción creativa es un acto casi místico, es una unión, que, al contrario de cualquier otra unión humana –e incluso divina- es realizada para la eternidad, aquí sí que hay una sola vez. Y cuando Carlos Salvador escucha un comentario cínico de su amigo el poeta Francisco León sobre La Guancha, tomado de la referencia orteguiana de la tibetanización europea que representaba España, Carlos Salvador, volteriano irreducto, siente el chispazo definitivo, toma el guante de un simple comentario sarcástico, y lo convierte en bandera de una causa literaria. Como en tantas ocasiones, Carlos Salvador saca petróleo, de donde otros sólo se quedan en la anécdota, más o menos graciosa. Había nacido ‘El Tíbet’ carlosalvadoriano, y con él su poética quedaba definitivamente asentada. Y además celebra con orgullo su elección, significativa en muchos sentidos.

Carlos Salvador siempre despreció (como un buen intelectual pleno de sensibilidad), el provincianismo encerrado en las capitales y en las ciudades, sobre todo aquellas que realmente no llegan ni tan siquiera a tener motivos para ser consideradas como tal. Frente a la cortedad de miras del ciudadano de capital de provincias, Carlos Salvador se entusiasma con la cosmovisión del habitante de un pueblo apartado, aislado en una isla ultraperiférica, se siente orgulloso de situarse en ese lugar, en ese entorno, a través de un proceso deconstructivo, desmitificador, que ya hubieran querido para sí Derrida, Foucault y compañía, Carlos Salvador hace una firme declaración de intenciones, y enuncia:

“Para amar a Londres conviene sentirla tan provinciana como tu pueblo, ciudad, isla o país. Desmitifiquemos con el fin de mitificar a la primera ocasión. Sciascia y James hicieron de sus Sicilia y Boston el mundo. Yo de La Guancha, de El Tíbet, uno de los múltiples y uniformados mundos.”

Para los que tuvimos el lujo (ahora cruel por lo imposible de su repetición) de conocer esas calles brumosas, de retozar en esa huerta a la sombra de su pino, de venir a comprar puros o señoritas a medianoche a este Casino junto a Carlos, La Guancha es un lugar entrañable lleno de recuerdos que nos acompañará en el corazón el resto de nuestros días, El Tíbet guanchero de Carlos Salvador forma, en cambio, parte ya de la historia de la literatura con pleno derecho, porque alguien que es capaz de escribir un fragmento como el siguiente está ya codeándose con los grandes –suceda esto en realidad alguna vez o no, recordemos que la literatura no atiende a realidades, son los escritores vivos los que atienden a ella-.

Texto de Carlos Salvador

“Es el verano tiempo propicio para no hacer. Una pesada llaga nace con el día. Días herrumbrosos, que no rumbosos, de frágiles lagos, lagos como dedos meñiques. En el Tíbet poco se caminan las calles, algún perro las olisquea perdido entre la niebla en verano. Sí, días de invierno en verano. Yo varias veces he propuesto a nuestro Dalai Lama cuatrienal, cuaternario, impulsar una industria de “turismo de invierno en verano”, como oferta alternativa, chic, in, underground, para parias, desaprensivos, obesos, enjutos, tímidos, desprevenidos, snobs... Aquí, allí, en verano no puedo escribir. Vivo la felicidad y el horror en grado extremo. Es decir, no me pongo bronceador para conseguir cuanto antes ser lo que no soy. Sí, extraño, pero días de invierno en verano. Y un río, y este verano, y una conversación sin sombra, y lo lógico es lo raro. Todos dudamos sobre cuál es nuestra casa, hasta muchos nos disputamos las que tienen las ventanas mochas por habitadas, con un rosal en la parte de atrás.

Todo es blanco: luz, niebla, casas, brumas, aire, gente. Es insoportable. Muchos enloquecen. Hay quien culpa al agua. Cuando asciendes la rampa de acceso desde la costa tendrás que despojarte de las gafas de sol, se abstienen de seguir representando utilidad para la pura revelación de lo que empieza a sobrevenirte, a sobrepasarte. Debe ser demasiado pura el agua, tanto que mancha los dientes de amarillo. Su única playa está lejos y es un promontorio blanco al que nadie se acerca, sólo el viento. Una migaja. Al viento la gente le ve el color blanco; dicen que el blanco es invisible. Pocos, como yo, no tenemos fe para verlo. Debe ser culpa de la vida”.